
ENCICLOPEDIA
57
URUGUAYA
El mensaje de los jóvenes
Galeano, Ruffinelli, Rodríguez Villamil

El mensaje de los jóvenes

Galeano - Ruffinelli - Rodríguez Villamil



Eduardo Galeano

EL DESAFIO

Fines de 1969. En las páginas de un vespertino amigo del gobierno, se cuela, por casualidad, una carta reveladora: "Soy un joven uruguayo típico, 24 años, soltero, empleado de oficina de una empresa a punto de dar quiebra... Perspectivas de futuro: absolutamente ninguna... Quitando horas al sueño y con ingentes sacrificios, cumplí con éxito los cursos necesarios para recibirme de técnico de programación y operación de computadoras electrónicas (rimbombante, ¿no?)... no me sirve de nada... las pocas plazas existentes están cubiertas por demás... Debo quedarme en mi trabajo actual mientras dure, y esperar cruzado de brazos sabe Dios qué, echando por la borda todas mis aspiraciones? ¿O debo poner esos mismos brazos en posición de ataque y, junto con otros muchos de mi misma situación, dedicarme a tirar piedras y romper vidrios en son de protesta? Señor: soy uruguayo. Quiero quedarme en mi país... Pero no puedo... ¿Qué hago? ¿Tiro la primera piedra? ¿O qué?"

En sí, esta carta, perdida entre tantas otras, no tiene mayor importancia. Pero forma parte de una realidad que la confirma de múltiples maneras y a cada instante: ocurre que éste es el Uruguay a la hora de la descomposición y la caída. La crisis es una empresa de demoliciones. Ya no resulta necesario que los profetas, certeros y sombríos, revelen los signos que anuncian el derrumbamiento. El derrumbamiento está aquí, en torno a nosotros y en nosotros mismos, que somos sus protagonistas. ¿Esta es la derrota del país, o la derrota del sistema que lo rige? Los dueños del sistema sienten el suelo abrirse bajo los pies y confunden sus crujidos con la definitiva hecatombe nacional. Han deshecho la patria: se abrazan a la bandera. Se hace más intenso que nunca, por disposición oficial, el culto de los símbolos de la nacionalidad, como si con himnos y con enseñas pudiera cubrirse el hondo vacío cavado hasta las entrañas de la nacionalidad misma. Porque si el país ha sido condenado, sin apelación ni salvación posibles, todo está permitido: la catástrofe enciende la codicia y abate los escrúpulos y los frenos; la bandera oculta, entre sus pliegues, las mercaderías robadas. Cuanto más aguda es una crisis, más lucrativa resulta.

El país no se acaba, sin embargo, al borde de los intereses de sus clases dominantes. Este sistema en ruinas es nuestra penitencia, no nuestro destino. Y está demostrado que la fuga no es la única alternativa posible para los uruguayos jóvenes.

La ciudad niega trabajo a la mano de obra que el latifundio, invicto, segrega.

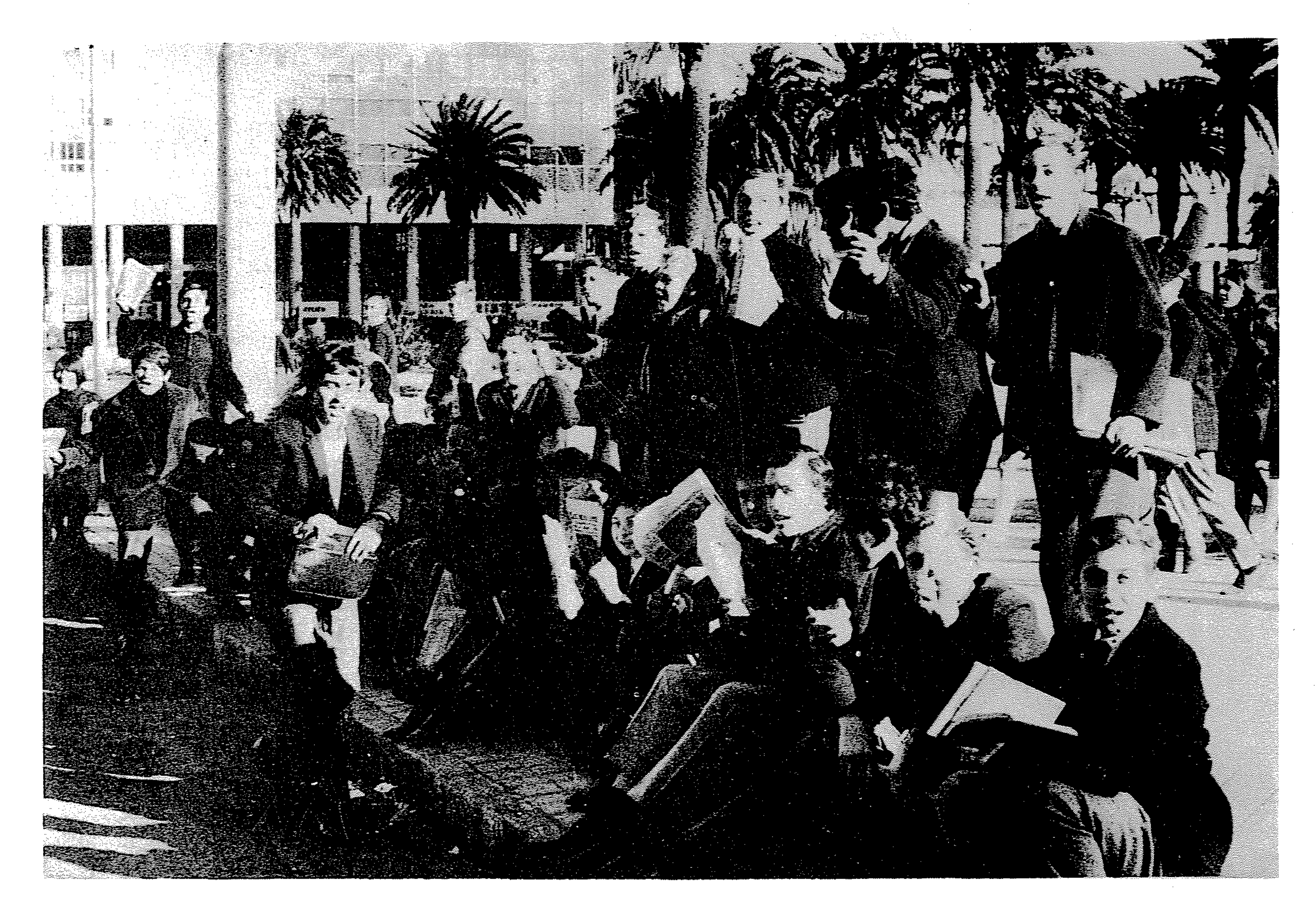
El exilio

En el Brasil, pongamos por caso, uno de cada dos habitantes tiene menos de quince años de edad. En el Uruguay, país nuevo habitado por viejos, la proporción es casi de uno a cuatro. Nacen pocos uruguayos; y de los pocos que nacen, muchos, expulsados por la crisis, se van. Son largas las colas ante la oficina de pasaportes de la cancillería, gente que huye a Estados Unidos, Venezuela, Canadá, o la remota Australia; para viajar a Buenos Aires o al sur del Brasil alcanza, como se sabe, con la cédula de identidad. No sólo se marchan técnicos universitarios y operarios calificados; también albañiles y mucamas, peones sin trabajo. La población, envejecida y escasa, exporta sus tensiones: son jóvenes, en su mayoría, los que emigran, obligados, en busca de mejores horizontes. Ya no ofrecemos una quimera del oro para europeos peregrinos y desesperados; ni siquiera nuestra propia población nativa encuentra, dentro de fronteras la oportunidad de vivir dignamente. De aquí a no mucho tiempo habrá, fuera de fronteras, un Uruguay entero. ¿Son simples desertores, estos muchachos que cambian de suelo y de cielo? En todo caso, hay muchos que, a pesar de todo, deciden quedarse. No niegan el país que heredaron, medio muerto, de sus mayores, pero han adquirido la conciencia de que, para que su resurrección sea posible, hay que cambiarlo todo. Luchar y cambiarlo todo.

Dentro del Uruguay mismo, la población se desplaza. El puerto de Montevideo, bullicioso centro de operaciones de mercaderes, prestamistas, leguleyos y políticos tramposos, venía siendo desde largo tiempo atrás una creciente cabeza de enano: la desproporción entre el país y la ciudad se ha acentuado en estos últimos años de crisis aguda y la cabeza ya casi no tiene, debajo, cuerpo alguno. Había 454 mil personas ocupadas en tareas agropecuarias en 1951; en el 66, sólo quedaban, según el censo, 370 mil. La ciudad niega trabajo a la mano de obra que el latifundio, invicto, segrega. El éxodo rural suma desocupados a los desocupados provenientes de la propia capital. Si en Montevideo queda condenada a la marginación buena parte de la población antes integrada en las actividades productivas locales, ¿qué suerte puede aguardar a los habitantes del desierto que, sin ocupación en el campo, bajan a golpear a las puertas de la capital? Los obreros sin trabajo viven de changas, como pueden: la paralítica y malherida industria nacional produce vendedores ambulantes, policías y mendigos, más que mercancías.

La ruta del dinero

La población no crece, pero menos crece la producción. En 1960, la renta por habitante de los uruguayos rozaba los setecientos dólares anuales; en el 68 se había reducido a 630, y es importante advertir que el promedio oculta un desequilibrio que se ha hecho mucho más agudo entre los ingresos de los pocos ricos y los ingresos de los muchos pobres. La crisis del sistema productivo empuja, en definitiva, en la misma dirección a los hombres y a los capitales: las investigaciones más recientes han demostrado, en forma concluyente, que también el excedente económico nacional se fuga lejos. Las rentas y las ganancias de los capitalistas ganaderos suman no menos de 75 millones de dólares por año; los latifundios de más de 2,500 hectáreas reciben, en su conjunto, 35 millones de dólares anuales. Esta inmensa masa de capitales no se reinvierte en las actividades ganaderas, que siguen libradas a la buena voluntad de las lluvias y a la pasión de los toros



y los carneros. En las épocas del auge de la industria nacional, fuertemente subsidiada y protegida por el Estado, buena parte de las ganancias del campo derivó hacia las fábricas nacientes. Cuando la industria entró en su agónico ciclo de crisis, los excedentes de capital de la ganadería se volcaron en otras direcciones. Las más inútiles y lujosas mansiones de Punta del Este brotaron de la desgracia nacional; la especulación financiera desató, después, la fiebre de los pescadores en el río revuelto de la inflación. Pero, sobre todo, los capitales huyeron: los capitales y las ganancias que, año tras año, el país produce. En estos últimos tiempos, trescientos millones de dólares han escapado del Uruguay rumbo a los seguros bancos de Suiza y Estados Unidos. También los hombres, los hombres jóvenes, bajaron del campo a la ciudad, hace veinte años, a ofrecer sus brazos a la industria en desarrollo, y hoy se marchan, por tierra o por mar, rumbo al extranjero. Claro está, su suerte es distinta. Los capitales son recibidos con los brazos abiertos; a los hombres, les aguarda un destino difícil, el desarraigo y la intemperie, la aventura incierta.

El capital no tiene patria, aunque sus dueños se proclamen patriotas. Las mayores ganancias de los terratenientes no se traducen en mayor producción y ningún homenaje a la bandera podría disimular la obediencia de los capitalistas a las leyes del capitalismo, que rigen sin fronteras: el capital responde a las seductoras voces del lucro, de la ganancia máxima. Nuestro Uruguay empobrecido se da el lujo de enviar al extranjero la riqueza que sus campos generan. Tenemos menos vacas y menos ovejas que en 1908, según las cifras del censo de 1966. Simbólicamente, sólo ha crecido la producción de cerdos.

El alimento y el veneno

La nueva generación, marcada en la frente por la inmolación del Che Guevara, se asoma a un país roto. Y encuentra que la crisis ha disipado muchas de las neblinas que se interponían ante los ojos de las generaciones anteriores. Estos tiempos duros traen consigo vientos terribles pero, en definitiva, útiles, por toda la mitología que despejan a su paso avasallante. El Uruguay se está redescubriendo a sí mismo a través de la mirada rabiosa de la generación de la crisis: los muchachos que se quedan, y aquí encarnan la crisis, la sufren y la actúan. No sólo los humillados ni, por cierto, todos ellos; del seno de la propia clase opresora provienen muchos de los militantes más audaces y decididos de la nueva hora, y sobre todo es la clase media, clase-flán, blanda y vacilante, la que ya no reconoce a muchos de sus herederos, a quienes no bastan, ya, la seguridad ni la nostalgia de la seguridad perdida. El Uruguay cambió y empiezan a ser diferentes, ahora, los uruguayos que el Uruguay produce. Leemos con estupor los testimonios escritos sobre el país hace apenas quince o veinte años: de aquel paraíso pequeñoburgués, bien-pensante y gordito, resta poco más que la inercia de las imágenes, formas y colores sobrevivientes en la memoria de la mayoría de la población. Una mayoría, es cierto, adulta, todavía conformista y detenida en la contemplación del Uruguay que fue.

Las claves de la crisis están, ahora a la vista. Resulta mucho más fácil, para los jóvenes, una vez abatidas las máscaras del sistema, conocer el verdadero rostro del enemigo.



Es el Rey Sol de nuestro pequeño sistema de inquisidores, verdugos, estafadores y proxenetas de la desdicha nacional: la oligarquía cuyos intereses se oponen, cada vez más, a los intereses del país. La productividad es baja porque conviene que lo sea; la ley de la ganancia puede mucho más que todas las leyes que el Parlamento promulga; lo que es absurdo para todos resulta sensato para los pocos que tienen, en sus manos, el poder; el alimento de seiscientas familias se convierte en el veneno de todas las demás. Se recompensa la especulación y se desalienta la producción: la iniciativa privada ha agotado su ciclo creador. Pero el Estado, este gigante ciego y paralítico, está articulado por las mismas fuerzas y a su servicio. No serán los latifundistas quienes pongan fin al reinado del latifundio y su muy lucrativa producción extensiva, ni serán los banqueros quienes, de puro filántropos, dejen de jugar a la ruleta rusa con las finanzas del país; brilla por su ausencia, en los grandes industriales, la voluntad de dinamizar la producción mediante nuevas inversiones riesgosas y de ampliar, en extensión y en profundidad, los mezquinos límites de nuestro mercado interno. Todos funcionan para el país tal cual está, y en contra de su futuro. Todos provienen del mismo vientre: un vientre ya estéril. No hay, entre ellos, contradicciones esenciales. Ponen el grito en el cielo por la disciplina en quiebra, el descaecimiento del principio de autoridad, el desconocimiento de las jerarquías y la falta de respeto a la propiedad privada, al tiempo que, con ambas manos, drenan las ganancias que todos los uruguayos producen y las vierten en sus lejanas cuentas bancarias extranjeras, muy privadas, disciplinadas y seguras. Sólo si cambiaran de manos, podrían esas ganancias reinvertirse en el renacimiento nacional. La crisis de los valores establecidos, que tanto preocupa a los caballeros, no es, en definitiva, más que el homenaje que merece la crisis del sistema en su totalidad. La moral burguesa rinde plusvalía a Tartufo, y Tartufo llora sobre su cadáver. "Jamás llegaré a nada a menos que me haga jodedor", contesta un joven obrero a la encuesta del semanario 'El Oriental".

Sabemos, también, que este Rey Sol carece de luz propia, aunque irradie reflejos tan diversos. Después de tantas cartas de intenciones ante el Fondo Monetario Internacional, y cuando al bajo precio de la necesidad se ha hipotecado la soberanía ante el Banco Mundial, el Banco Interamericano y la banca privada extranjera, ¿podrá alguién suponer que el imperialismo es un tema exótico en este país? Nos rige una clase dominante dominada. Las grandes corporaciones internacionales han controlado desde siempre la comercialización externa de nuestros productos, y buena parte de la intermediación interna también les pertenece. ¿Y qué ocurre con las bancas, y con las principales fábricas? ¿Cuántos dueños nacionales no se han reducido, gozosos, al papel de socios menores o gerentes? ¿Y acaso el conjunto de nuestra estructura productiva no fue modelado, desde el pique, de acuerdo con las necesidades de los mercados extranjeros poderosos, y en función de sus exigencias?

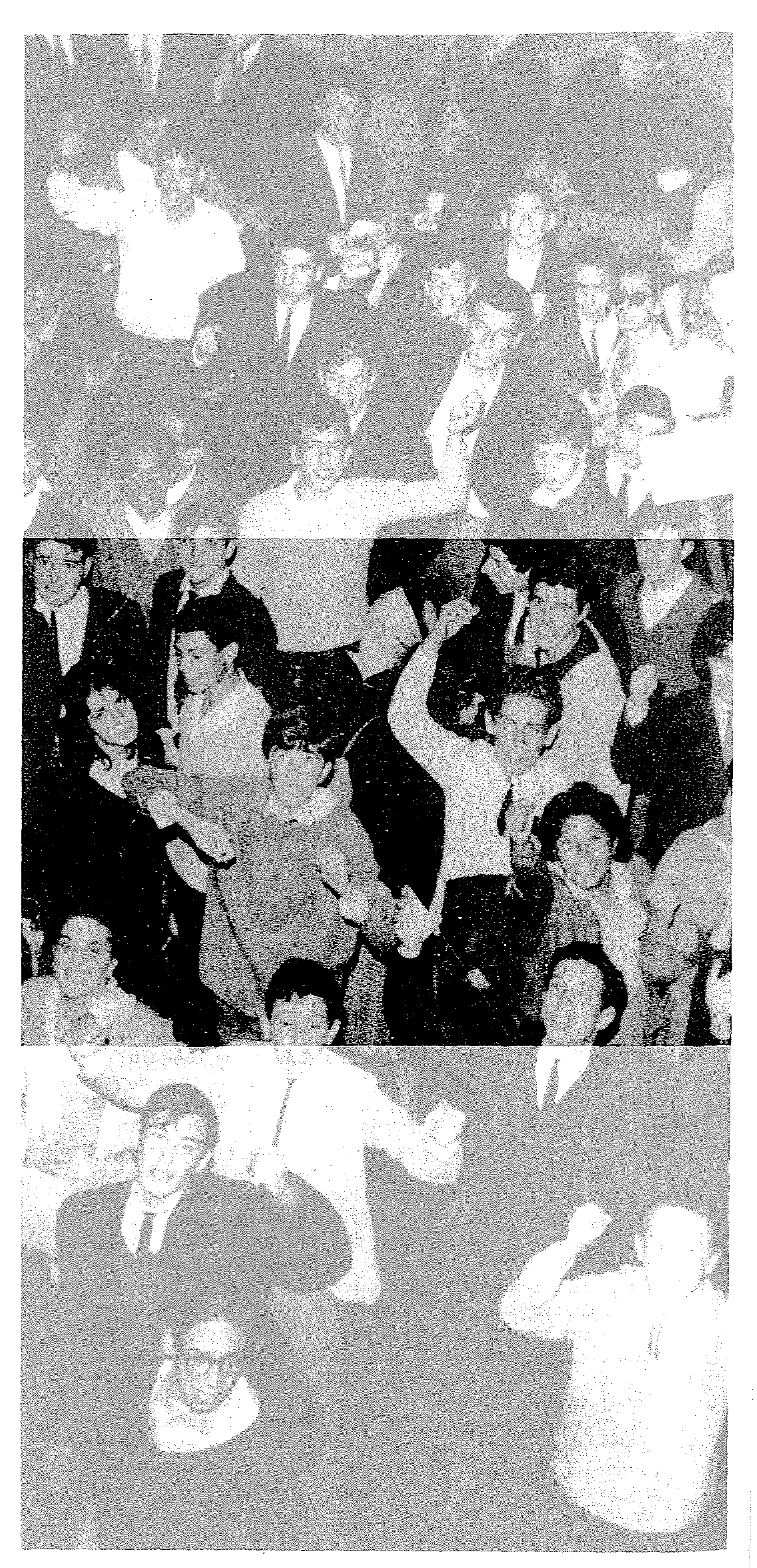
Los miembros fantasmas

Los jóvenes escuchan: ¿qué les ofrece la voz del sistema? El sistema habla un lenguaje surrealista. Cuando invoca la "paz social", encierra más de 5.600 ciudadanos en los cuarteles: es un delito la militancia gremial, y son delincuentes quienes la practican. La cárcel y la tortura se abaten sobre cualquiera, en cualquier instante: el "estado de derecho" está en vigencia. Se obliga a los obreros a trabajar con la bayoneta en la espalda en nombre de la "libertad de trabajo"; son "revoltosos" y "subersivos" los hombres condenados, sin proceso ni garantías, por defender el pan y la dignidad para sus compañeros; la lucha de clases no existe, se decreta, más que por culpa de quienes incitan a ella, pero en cambio existen las clases sociales y a la opresión de unas por otras se la denomina "nuestro estilo de vida". El martilleo no cesa. La letra impresa, los mensajes por radio, las imágenes de la televisión: ¿quiere usted conocer la mediocridad y la castración de la "cultura de masas"? Asómese. Descubrirá que la censura, la auto-censura y los intereses creados, son capaces de fabricar un Uruguay de papel, éter y luz que nada tiene que ver con el país real. No hay alimento suficiente para los estómagos, pero las conciencias no se pueden quejar: se nos brinda a todos la posibilidad del sueño.

No sólo en la propaganda sobrevive el Uruguay liberal. Cuando una persona pierde una pierna o un brazo, la sensación persiste: la persona "siente", durante largo tiempo, que todavía tiene la pierna o el brazo amputados. Es lo que los médicos llaman "el miembro fantasma". Continúan vibrando los mármoles del Palacio Legislativo, cuando en su seno se pronuncian sonoros discursos y se plantean enérgicas interpelaciones y se adoptan (mucho menos frecuentemente) resoluciones categóricas. La democracia actúa "como si" existiera; el honor queda a salvo, aunque ni los discursos, ni las interpelaciones ni las resoluciones tienen la menor incidencia sobre la marcha real de los acontecimientos. Se derraman lágrimas y resuenan protestas dentro de las propias filas políticas tradicionales. No se puede estar con el sistema, sin embargo, sin aceptar, también, sus consecuencias. Lo que algunos llaman

"excesos" y "arbitrariedades" no son más que manifestaciones normales de un sistema anormal: la racionalidad salvaje de un sistema irracional. Su subdesarrollo capitalista acosado por la crisis, se convierte en un engranaje diabólico. Cumple su función: este subdesarrollo es, como el de todos los suburbios del mundo, efecto y condición del desarrollo de los países ricos y, también, efecto y condición del desarrollo de los ricos dentro de nuestro propio país. A la hora de la desesperación, el sistema niega el liberalismo y oficializa la violencia.

Salvo contadas excepciones, el movimiento sindical actúa también, todavía, en un país ilusorio. Pero el régimen no puede darse el lujo del paternalismo y es sincero cuando emplea, contra los trabajadores, el garrote. En los tiempos de las vacas gordas sobraban achuras para todos; ahora, no hay otra "política distributiva" que la congelación, y en once años los salarios reales se han reducido, según cifras oficiales, a la mitad de su valor.



Impostura y rebelión

El bajo crecimiento demográfico y la emigración de mano de obra joven, dos características nacionales, alivian las tensiones y demoran el estallido. El Uruguay pierde energías que le son imprescindibles para nacer de nuevo. La voluntad combativa y creadora de muchos de los uruguayos que se quedan ha sido suficiente, sin embargo, para que las estructuras vigentes en el país sufrieran, en estos últimos años, varias sacudidas bravas. En todos los planos, la rebelión se manifiesta y empieza a ser, al menos, casi tan usual como el conformismo y la apatía —otras dos características nacionales desafiadas por la crisis.

Hace cuarenta años, la población joven constituía la mitad del electorado. Hoy, es apenas la tercera parte. De esa tercera parte, ¿cuántos creen todavía que el ejercicio de la democracia auténtica se reduce, simplemente, a hacer uso del derecho de voto? Son múltiples las vías posibles para la expresión del rechazo al sistema, y el poder de seducción del aparato político tradicional se deteriora junto con el sistema mismo. Los ilusionistas ofrecen, ley de lemas mediante, una trampa de espejos que devuelve a cada uno la imagen que cada uno busca a la hora de las urnas. Pero la distancia que separa las promesas de las realidades, crece con la crisis. Del llano al poder, los hombres y los partidos pegan un salto de circo: se rompen los espejos, el generoso mago extrae el látigo de la galera. La hora de la verdad dura seis años y luego la función recomienza. Los jóvenes a quienes hondamente duele el país, no se resignan a la aceptación ni a la espera; empiezan a romperse las costuras de los moldes políticos tradicionales, convertidos en chalecos de fuerza. ¿Está todo prohibido, salvo cruzarse de brazos? En el Uruguay de estos últimos tiempos tormentosos, que está produciendo violencia tan naturalmente como carne y lana, la acción política se ha hecho imperativa y diversa. Ya la libertad no viene regalada: hay que conquistarla. Y el sistema —este reino de la necesidad— no puede aceptar una libertad sin injusticia ni impostura que sería su negación y su suicidio.



Jorge Ruffinelli

LA DECADA LITERARIA

Aún no hemos salido de esta década del sesenta y ya intentamos pasarla a los anales; aún es presente y ya pretendemos verla con la perspectiva que sólo dan los años transcurridos. La tarea es necesaria, pues intuimos o sabemos que algo ha cambiado en la literatura nacional, siquiera por nuevas presencias y aportes; de ahí la contradicción insalvable que por lo menos debe tenerse en cuenta al repasar esta pequeña historia del presente. Uno de sus problemas iniciales, en consecuencia, es determinar y definir el campo de estudio. Ya muchos se han adelantado a recibir a una "nueva generación" y a determinar incluso los años de comienzo: el 55 o el 58, o el 60, o los fenómenos históricos que parecen estar en su raíz para separar ambas corrientes: la que existía y la que ahora comienza a verse. Pero ¿cómo debe llamárselos sin caer en tautologías?: ¿los nuevos? ¿los jóvenes? ¿la generación de la crisis? Y cuál es el momento original que los caracteriza? ¿La Revolución Cubana? ¿Las elecciones del 58? Ni Petersen ni Pinder ni Ortega ni Marías pueden proveer la certeza de una solución, o un esquema con que ajustar el conflicto. Porque, en rigor, los intentos de caracterización generacional son a la vez ciertos y falsos, naturales y artificiales. Quizás el hipercriticismo propio de la generación autollamada "del 45" (los que a su vez pegaron el rótulo a quienes venían atrás) sea el principio de este error, de este dogmatismo. Influidos por la cultura europea que gestó la idea de las generaciones literarias, trataron de entender históricamente el proceso cultural del país en base a esos recursos. Y la idea era excelente: nada mejor que poner en claro los amplios y confusos sectores que van renovando la historia a través de los años. Pero donde el esquema parece fallar y convertirse en bizantinismo es cuando se quiere llegar a una fecha *exacta* de comienzo, a un *fenómeno* único de arranque, como si eso existiera objetivamente a modo de una "ley" histórica.

Para comenzar con un acuerdo sobre lo que se habla, partamos sí de esa "generación" de escritores surgidos alrededor de 1960, cuya obra se diferenciará de la de sus "padres". Es una generación que viene a sustituir a otra (del mismo modo que será luego sustituida), y en el proceso hay algo de cruel. Los jóvenes deberán batallar por un lugar de lucha, desde el cual comenzar a corregir la administración vetusta o superada de sus antecesores; y de parte de éstos, a su vez, habrá una defensa cerrada de sus posiciones de privilegio, aunque educadamente comenzarán a ceder paso en las brechas que dejan. En lo posible, las dos (o tres o más) generaciones simultáneas lucharán juntas y a la par, pero siempre en la dirección de los más nuevos, cosa que dependerá no de éstos sino de la capacidad de renovación que tengan las generaciones precedentes.

Esta promoción aparecida en la palestra desde 1960, cuando se inició el auge editorial y la literatura nacional comenzaba a valorarse sin provincianismos como una literatura más, coincidió con dos hechos ya anotados que en alto grado la determinaron: en lo nacional, el triunfo blanco en las elecciones de 1958; en lo internacional, la Revolución Cubana. Lo primero influyó escasamente de modo directo; más bien podría decirse que influyó en la marcha misma del país. En cambio la Revolución Cubana fue el impacto que aglutinó las fuerzas, alineando a todos estos escritores en la izquierda, ya despierta su conciencia política por el fenómeno revolucionario. Este aspecto es importante por el singular proceso que en base a él tendrá la obra literaria. Porque ese impacto inicial de Cuba, que era admiración y apoyo a un país desembarazado heroicamente del imperialismo en los últimos años ha permitido que la conciencia política se dirigiera hacia el país propio, hacia este Uruguay desnudo de todas sus leyendas de modelo y democracia, que ha asumido su condición latinoamericana.

Bienvenida a los jóvenes

En 1963 *Marcha* dio la "Bienvenida a los jóvenes". En un suplemento de fin de año, varios escritores y críticos ya de las nuevas horneadas como de la anterior, hicieron de esta verde y recién comenzada pléyade tema de opinión. Por cierto, en los primeros años del sesenta la nueva literatura se presentaba con un cariz decadentista y hastiado. Se hablaba de Pavese y Antonioni y Carson McCullers como influencias determinantes en las novelas que surgían, aunque ya entonces se denunciara la superficialidad con que presuntamente esos creadores habían sido imitados. En realidad Pavese siguió siendo un desconocido, y de su literatura sólo se tomó la atmósfera desencantada en que transcurrían historias y personajes. En ese mismo suplemento Benedetti decía de la nueva promoción: *"traslucen un desánimo que a veces es legítimo, y a veces imitado y superficial"*. Y Angel Rama: *"Sus obras son recorridas todavía por corrientes desalentadoras, por melancolías y escepticismos"*. En este momento la diagnosis es cierta, por lo menos hasta cierto punto. Pero prueba involuntariamente cómo una generación nueva viene con suficiente vitalidad como para transformarse en el curso de poquísimos años hasta negar, aparentemente, su imagen primera. En 1962 Sylvia Lago había publicado *Trajano,* una novelita "desencantada", visión asustadiza y tímida de la vida a través de un despertar adolescente. La belleza de su ejecución, el hecho de ser una primera novela y estar muy bien escrita no compensaba sin embargo el sentido final de la historia, con su miedo a enfrentar la realidad y esa rápida huida del personaje a la cerrada célula familiar. Más desmañado, Eduardo Galeano dio a conocer también *Los días siguientes* (1963), otra historia de tedio y frustración, carente de nervio, aunque escrita con mucha corrección. Casi lo mismo podría decirse de *Nos servían como de muro* (1962) de Mario César Fernández, de *Sin horizontes* y *Los amigos* (1963) de Claudio Trobo, o de Cristina Peri Rossi, quien en *Viviendo* (1963) se adscribía tempranamente a un realismo cotidiano con personajes frustrados y tristes. Esta breve e incompleta revisión de autores sirve para confirmar un diagnóstico inicial que hoy, pese a las apariencias de alegría con que se recibía a los jóvenes, se muestra indudablemente sombrío. Así también, si sirve de confirmación, habría que recordar que en el mismo suplemento citado, Cotelo advertía, de igual modo, *"un reciente tipo veinteañero, reconocible por su lenguaje monosilábico, por su aspecto taciturno, en pose de duro pero íntimamente desamparado, un adolescente fuera de edad... etc."*.

Si retomamos hoy, 1969, la obra y la actitud personal de estos jóvenes escritores, se verá con asombro que la imagen que se desprende de ellos es muy diferente, casi antitética, y que los veredictos, las presunciones, los diagnósticos de 1963 ya han perdido totalmente su vigencia. A partir de un relato publicado en 1965, "Días dorados de la señora Pieldediamante", Sylvia Lago se ha convertido a una literatura de iracundia social y política. En sus libros más recientes campea así la visión vitriólica de la fauna uruguaya que nos gobierna (*Detrás del rojo,* 1967), de una generación de actitudes superadas (hay alusiones al "45" en *La última razón*) y hasta del más cercano presente, este hoy lleno de rebeldía juvenil y de represión policíaca. De Eduardo Galeano podría decirse algo similar si tomamos en cuenta su segundo libro: *Los fantasmas del día del león* (1967), cuyo cuento mayor precisamente recrea la historia de un encarnizamiento policial, sintomático de la violencia vesánica entronizada en un instituto cada vez más salvaje y brutal. Pero tal vez donde el proceso se vea más claramente sea en Cristina Peri Rossi, una de las

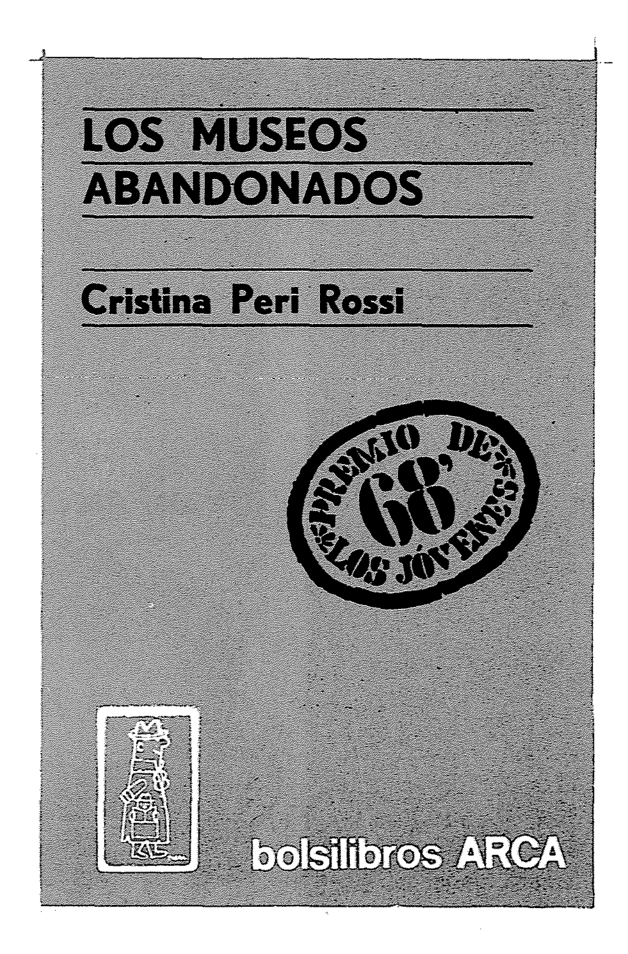


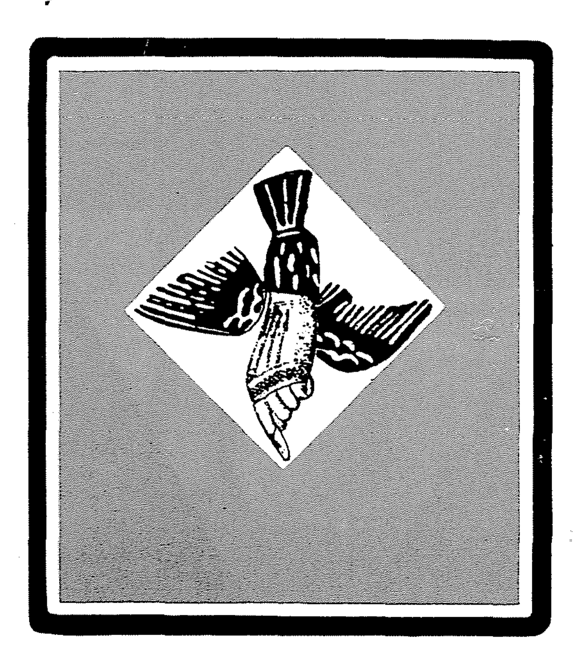
Sylvia Lago

más jóvenes de la promoción. En 1969 dos volúmenes suyos dan la pauta de una nueva estética que ha logrado casar el "compromiso" (ausente en las obras esteticistas), y un hálito artístico (ausente en el realismo y en el panfleto); en efecto, *Los museos abandonados* y *El libro de mis primos* parecen cantar ya el réquiem por un mundo desmoronado y al mismo tiempo la victoria de tiempos nuevos que se avecinan.

En todo este sinuoso proceso los nuevos escritores comenzaron como un epigonismo de las técnicas realistas de la generación anterior, y hoy se orientan hacia una vanguardia que los reclama no sólo en su obra (que es una forma de acción) sino en la acción directa. Esto permite a la vez advertir cómo se entronca muchas veces la obra con la actividad cotidiana. Algunos como Galeano son periodistas políticos; otros, como Juan Carlos Somma, unen los extremos de la obra literaria con la actividad social. Somma publicó tempranamente, en 1961, su novela *Clonis,* sobre un problema de fe religiosa. Seis años después, con *Forma de piel* la religión sigue siendo el eje narrativo, pero ahora el libro es un comentario sociopolítico al enfrentamiento de las iglesias pre y posconciliares. De ahí que Somma sea un ejemplo del escritor cuya obra marcha pareja a los problemas de la hora como un índice alerta y desmitificador.

He tomado algunos autores como ejemplos de tendencias, de líneas presentes. Pero habría que completar también ciertos rasgos que agrupan a éstos y a otros escritores, y que van definiendo una fisonomía tornasolada a la nueva generación. Una de las características de los jóvenes es el realismo. Ya en 1963 Rama señala la *"ausencia de afán experimentador"*



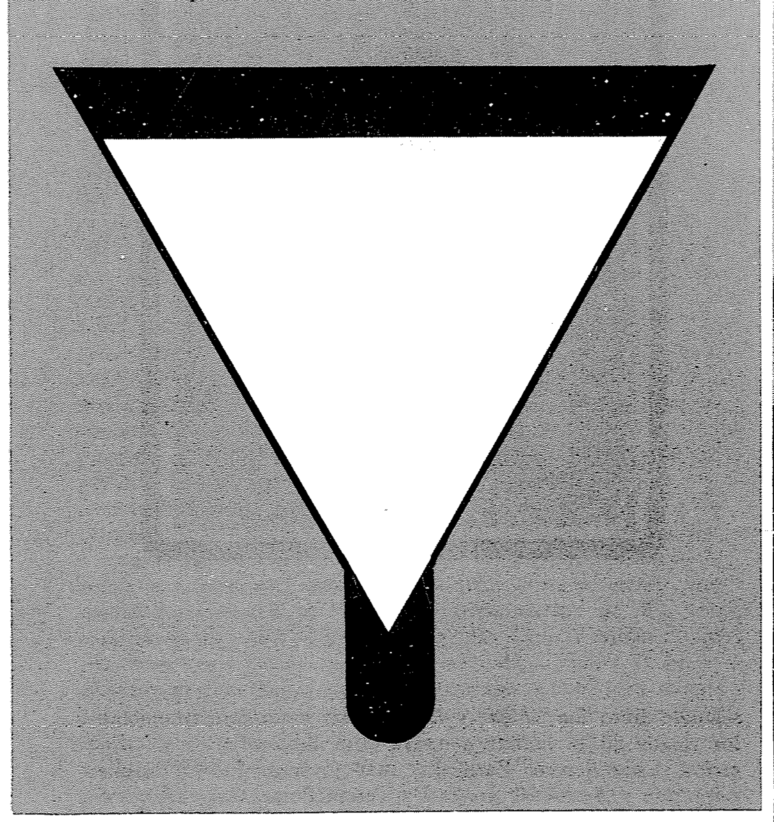


y la adhesión tranquila a los regímenes realistas de narración. A esto hay que sumar el descubrimiento de la literatura urbana que tuvo como iniciadores a Juan Carlos Onetti y luego el montevideanismo y populismo de Maggi y Benedetti, formas éstas de acceso a la realidad que no ofrecían demasiadas dificultades para seguirlas. Lo nacional, descubierto a través de lo europeo, en la generación anterior, en ésta se dio de plano, desde el comienzo, y esto trajo como desventaja el hecho de no haber pasado por el tan necesario período de aprendizaje y de copia. Mario César Fernández, Alberto Paganini, Hiber Conteris, Claudio Trobo, Eduardo Galeano, Sylvia Lago, Fernando Aínsa, Jorge Sclavo, Juan Carlos Somma, Jorge Musto, etc., podrían contarse entre los "realistas". Su necesidad de actuar sobre la realidad nacional le obligó a trazar antes que nada el diagrama, el plano, del campo de batalla. De ahí que sus primeros personajes sean jóvenes (como ellos), sueltos, trasnochadores, hastiados, que recorren la ciudad: es que están *reconociéndola. Industria nacional* (Fernández) recorre las barriadas montevideanas y recrea el lenguaje (valioso aspecto de su literatura) para descubrir a la ciudad desde dentro del mismo. Fernando Aínsa, de modo semejante y a través de sus tres libros: *El testigo, En la orilla* y *Con cierto asombro,* tiene el propósito de calar lo nacional y popular, aunque en la novela de 1968 se intelectualice y elija otras claves sociales para su narración. Alberto Paganini gusta asimismo de recorrer su ciudad, a lo largo de esas *Calles que dan al mar* (1969) donde hay un Montevideo muy reconocible, e incluso un escritor importado, el español Jesús C. Guiral, después de una novela de tema no nacional, en su segundo libro *Las abejas y las sombras* toma concientemente los rasgos de la literatura nueva para desarrollarlos y criticarlos desde dentro. Entre los más jóvenes, Julio Nosiglia *(Agresión y Acción de gracias)* y Teresa Porzekansky *(El acertijo)* se adhieren en este enfrentamiento a las experiencias de la realidad.

A fines de 1967, sin embargo, la veta de imaginación, de experimentalismo, es decir aquella aventura necesaria que ya a esta hora debía correr la generación, se hizo presente a través de algunos escritores: Gley Eyherabide publicó *El otro equilibrista,* un volumen de curiosos cuentos en una línea estilística sumamente original y propia. El régimen fantástico había penetrado para ofrecerse en su riquísima cantera de procedimientos, y especialmente con su principio de libertad imaginativa. También Mercedes Rein y su *Zoologismos* demostró el desenfado creativo y la comodidad de transitar por las líneas del absurdo. Jorge Onetti, quien escribía desde 1958, perteneciendo entonces a la Argentina, ganó el premio cuento de Casa de las Américas con su volumen *Cualquiercosario* (1965), en el cual la invención es esencialmente verbal. Cuatro años después, *Contramutis* (1969) lo pone a la cabeza de la generación con una obra plena y madura que ha logrado encontrar un estilo original para recrear e interpretar el presente. Preciso es mencionar de todos modos que en ciertos cuentos de Paganini (en *Confesiones de un adolescente*) y en algunos momentos de su novela, lo fantástico se retoma sin temor y da como resultado el hallazgo expresivo.

Contramutis

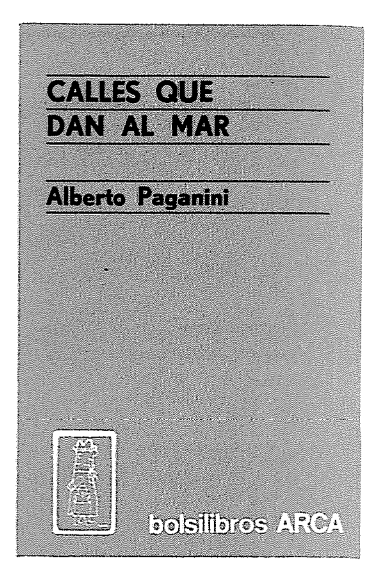
Jorge Onetti







Jorge Onetti





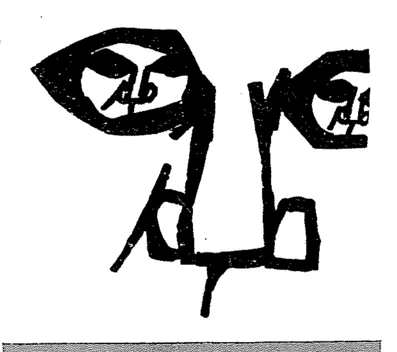
Alberto Paganini

La zona poética

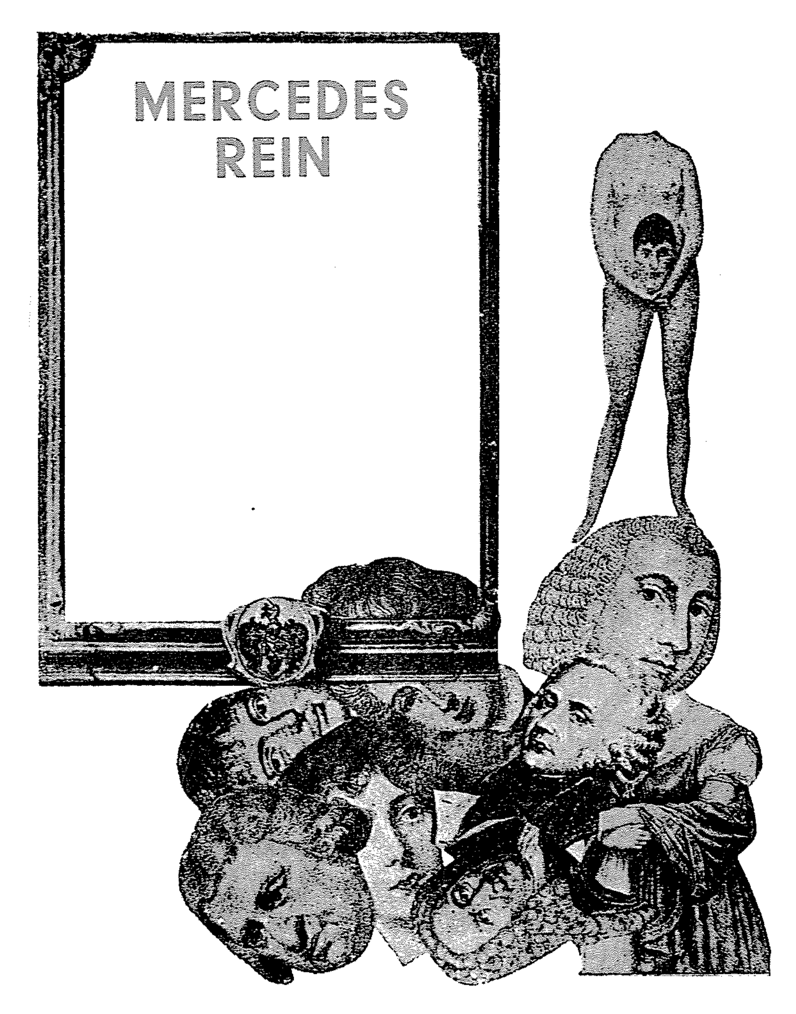
En la zona poética, esta misma generación no demostró diferencias muy marcadas respectivo a sus antecesores. Por el contrario, dos vertientes —una que se ha dado en llamar machadiana, de poesía directa y despojada, y otra de estructuras más herméticas y simbolistas—, existían también en la poesía anterior, y figuras como Idea Vilariño, Ida Vitale y Amanda Berenguer gravitan sobre el presente con tanto peso y modernidad como los jóvenes poetas. Las experiencias del mundo moderno —vale decir lucha contra el imperialismo, Vietnam, tecnocracia y crisis institucional—, que pasarán a convertirse en temas, modificando a su vez las formas poéticas, son más aptos para la modernización, para correr al ritmo del presente, que, digamos, las estructuras de la novela, donde el escritor está más sujeto al tiempo de su formación juvenil y a la nutrición intelectual realizada en su entonces.

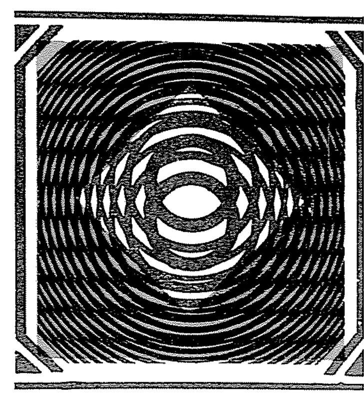
El antiintelectualismo característico de los jóvenes narradores tiene su equivalencia en una completa línea de poesía: Saúl Ibargoyen, Wáshington Benavides, Nancy Bacelo, Circe Maia, Walter Ortiz y Ayala exploran a sus respectivos modos las experiencias inmediatas, cotidianas, extrayendo la pulpa poética de los hechos y acaeceres del contorno. Ibargoyen poetiza la ciudad con un montevideanismo puesto a punto por Benedetti; Benavides capta la naturaleza, aunque no la eglógica sino la real, palpable, del campo nuestro; Bacelo se concentra mayormente en sí misma, en la subjetividad; Maia toma los motivos pequeños y humildes para descubrir en ellos las notas más inadvertidas; y Ortiz y Ayala recoge ya directamente la tradición machadiana volcando su mirada poética a los pueblos del interior. A estos poetas se suman otros muchos: Enrique Estrázulas y su buceo en lo popular arrabalero, donde se esconden los mitos del tango; Ruben Yakovsky, Cecilio Peña, Jorge Medina Vidal, Esteban Otero, Iván Kmaid, Enrique Fierro, Diego Pérez Pintos, Enrique Elissalde, Leonardo Milla, Nelson Marra, etc., son nombres a tener muy en

EDUARDO GALEANO



los fantasmas del día del león
y otros relatos







Eduardo Galeano

Teresa Porzekansky

cuenta, incluso para advertir cómo se multiplicaron los poetas a lo largo de esta década y cuál fue la abundancia de poesía que caracterizó por lo menos los primeros años del sesenta.

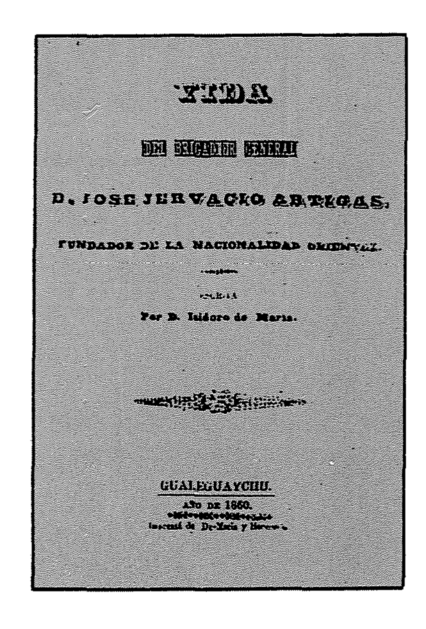
Pero aquella *"ausencia de afán experimentador"* que acusaban los narradores realistas no es tan observable en los poetas, por lo menos en cierto sector de avanzada. Milton Schinca, así, a través de sus cuatro libros se ha puesto en un primer lugar en la poesía uruguaya contemporánea en virtud de su originalidad de innegable valor. La suya es una poesía que surge madura, sin los tanteos típicos de la adolescencia literaria, y de ahí el impacto que ha causado.

En los años más próximos varios poetas se suman a la caravana, y no cabe duda de que nacen con una madurez y un rigor insospechables por su juventud, aunque puedan notarse los sobresaltos de una temprana edad. Salvador Puig y Roberto Echavarren Welker, por ejemplo, dieron muestra, más allá de sus influencias, de poseer un agudo sentido de la poesía, de ser poetas y no versificadores. Esa seriedad para encarar la poesía es un rasgo muy particular de estos jóvenes poetas: pareciera que no quieren perder tiempo —el tiempo que no tienen— en aprendizajes y tanteos, para lanzarse denodadamente a la captura de su objeto. Otros poetas jóvenes y promisorios como Hugo Achugar, Cristina Carneiro, Alberto Mediza, Jorge Arbeleche y Cristina Peri Rossi apuntan asimismo con brío hacia un estilo y universos propios, aun cuando estén de alguna manera probándose a sí mismos.

En todos ellos, el factor de modernidad y juventud, de plena vigencia, estriba en ese reflejo permanente de las condiciones del mundo real, del mundo siglo veinte, que presenta su poesía. Hoy más que nunca la poesía pierde su coto cerrado y autosuficiente y se convierte en un arma de lucha. Debe mentar y aludir constantemente a los sucesos del presente —y comprometerse así, haciéndose "política"— porque estos sucesos son los que inciden con mayor profundidad en su sensibilidad humana. Prácticamente ninguno de estos poetas ha dejado de señalar las circunstancias horrendas de un mundo que heredan, que no han elegido y que deben cambiar.

Silvia Rodríguez Villamil

NUESTRA HISTORIA Y LOS JOVENES


VIDA

DEL BRIGADIER GENERAL

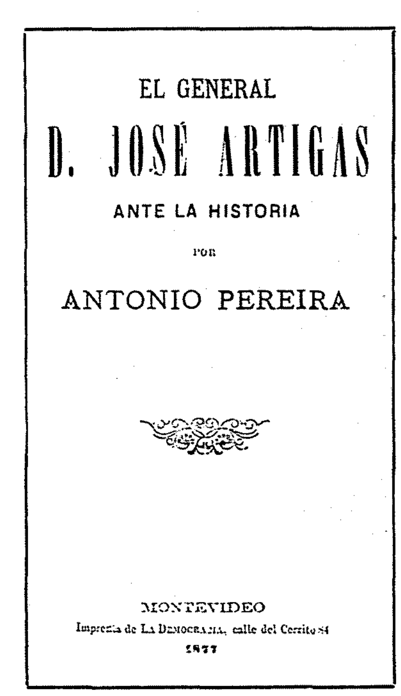
D. JOSE JERVACIO ARTIGAS,

FUNDADOR DE LA NACIONALIDAD ORIENTAL.

Por D. Isidoro de María.

GUALEGUAYCHU.

AÑO DE 1860.


EL GENERAL

D. JOSÉ ARTIGAS

ANTE LA HISTORIA

POR

ANTONIO PEREIRA

MONTEVIDEO

Imprenta de La Democracia, calle del Cerrito 84

1877

Ubicación de los jóvenes

¿Cómo concebimos los jóvenes la investigación histórica? ¿Desde qué perspectiva y con qué objetivo la encaramos? Para aclarar este punto correspondería trazar un brevísimo panorama de nuestra historiografía, ubicando en ella los aportes recientes y los puntos que son compartidos por los más jóvenes, así como las diferencias que ya se van perfilando. Pero dado que sería imposible analizar aquí la historiografía nacional en todos sus aspectos, nos limitaremos a los que en este caso más nos interesan: ¿cuál era el objeto del conocimiento histórico para nuestros predecesores? ¿qué supuestos estabàn en la base de su tarea como investigadores?

Aunque aun no dispongamos de una historia de nuestra historiografía realizada en forma sistemática y de acuerdo con nuestros patrones actuales de valoración, podemos aventurar algunas grandes líneas sobre el tema. Partimos de la base de que el estado de una sociedad y las preocupaciones más acuciantes de cada etapa, determinan la orientación y el concepto mismo de la Historia, que varía por eso según las épocas.

Del siglo XX a la generación del 45

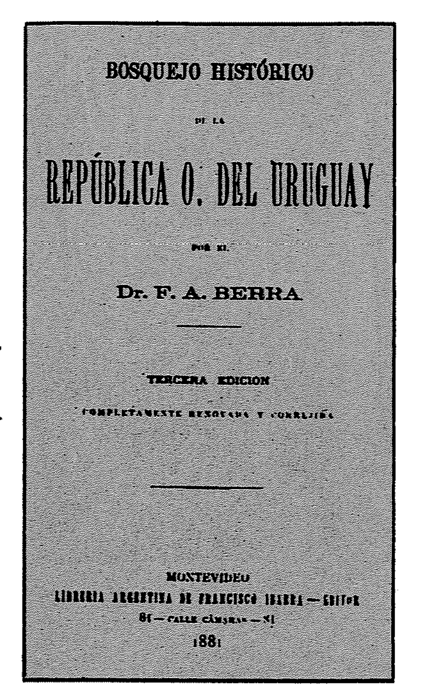
Recién en la segunda mitad del siglo pasado —y en especial en las dos últimas décadas— empieza a manifestarse cabalmente nuestra historiografía propiamente dicha. Oddone ha señalado que ella se desarrolla inicialmente siguiendo dos grandes vertientes: ..."la tendencia filosofante, propicia al ensayo interpretativo y a la fundamentación causal; y la corriente erudita, que tendió a la construcción historiográfica integrada con el aporte documental y la depuración crítica".[2] En muchos casos el deslinde entre ambas corrientes es difícil; existiendo autores como Lamas o Bauzá que participan de las características de ambas. A los efectos que aquí nos interesa destacar, además, las diferencias entre las dos tendencias eran menores: ya que coincidían eñ su concepción de los fines que debía perseguir el historiador con su obra.

Conviene tener presente que en un período comprendido aproximadamente entre 1879 y 1885, en nuestro país se creó todo un clima de afirmación nacionalista, que alcanzó —entre otros— el terreno de las artes plásticas y el de las letras, y fue impulsado y respaldado por medidas oficiales. En ese mismo período se consolidó definitivamente una orientación historiográfica destinada a perdurar en forma casi indiscutida hasta mediados de este siglo. Tomando en el aspecto metodológico los aportes de la corriente erudita, se planteó como objetivo fundamental —asumido con total lucidez y en forma sistemática— el consolidar (o crear, como llegan a admitir algunos) una conciencia nacional, fundamentando exhaustivamente la necesidad de la existencia del Uruguay como estado independiente.

Sobre los fundamentos y las motivaciones profundas de esta tendencia, sólo podemos opinar en forma de hipótesis; ya que su mayor clarificación resultará únicamente de una investigación comprensiva del período. Y sin embargo no podemos eludir la mención de algunas circunstancias que nos parecen muy vinculadas con el movimiento historiográfico citado. Parece obvio destacar el interés demostrado por nuestras clases dominantes, en fomentar el sentimiento nacional y legitimar la existencia del Uruguay como estado independiente. Y bien ¿por qué ese fervor nacionalista justo en el momento en que el país consolidaba su definitiva inserción en el mercado capitalista internacional, y por ende la fatal dependencia con respecto a sus centros de poder, especialmente Inglaterra?

Aparentemente, tanto patriotismo era necesario a nuestra clase dirigente para cumplir con sus objetivos en varios terrenos. Una investigación actualmente en curso[3] tiende a destacar que es justamente a partir de esta fecha (1880) que el sector dominante de nuestra economía —el alto comercio— se vio compelido a crear un mercado interno, un mercado "nacional" a toda costa, o desaparecer; dada la disminución creciente del comercio de tránsito, que era su principal fuente de ingresos, ante las barreras aduaneras erigidas por el Brasil y la Argentina. En otras palabras, un país que hasta entonces había funcionado muy integrado económicamente a toda una región, se ve reducido repentinamente a sus propios marcos nacionales para subsistir; lo cual da lugar a una serie de transformaciones internas de diversa índole. Desde otro ángulo, el fundamentar la nacionalidad comenzó a interesar a toda una oligarquía consolidada antes de sufrir el impacto de las últimas oleadas inmigratorias de la segunda mitad del siglo XIX, y para la cual el creciente cosmopolitismo de la población constituía una amenaza.

El rasgo dominante de la historiografía surgida en estas circunstancias fue pues, su esfuerzo por demostrar —aun a


BOSQUEJO HISTÓRICO

DE LA

REPÚBLICA O. DEL URUGUAY

POR EL

Dr. F. A. BERRA

TERCERA EDICION

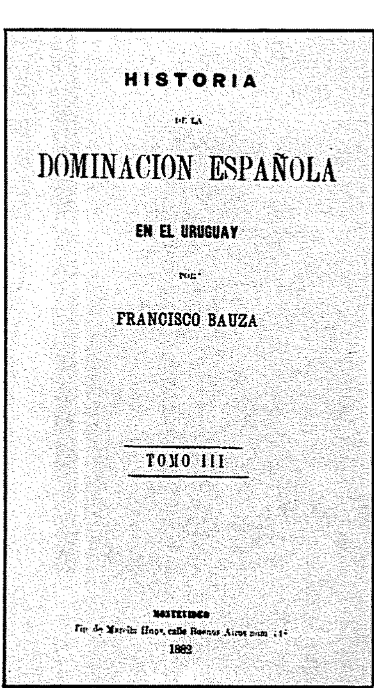
COMPLETAMENTE RENOVADA Y CORREJIDA

MONTEVIDEO

LIBRERIA ARGENTINA DE FRANCISCO IBARRA — EDITOR

81 — CALLE CÁMARAS — 81

1881


HISTORIA

DE LA

DOMINACION ESPAÑOLA

EN EL URUGUAY

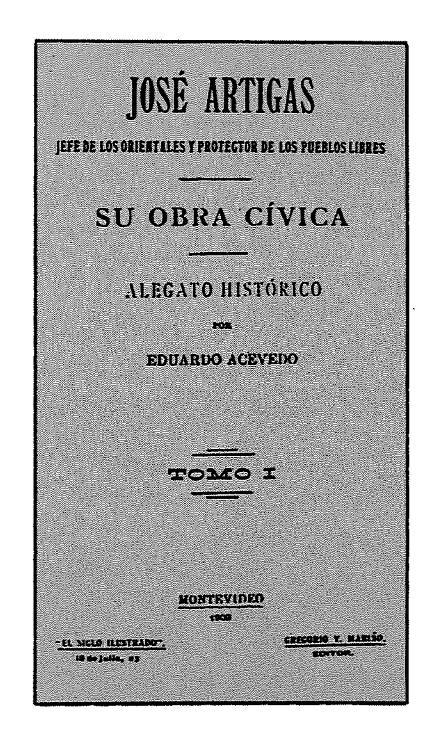
POR

FRANCISCO BAUZA

TOMO III

MONTEVIDEO

1882


JOSÉ ARTIGAS

JEFE DE LOS ORIENTALES Y PROTECTOR DE LOS PUEBLOS LIBRES

SU OBRA CÍVICA

ALEGATO HISTÓRICO

POR

EDUARDO ACEVEDO

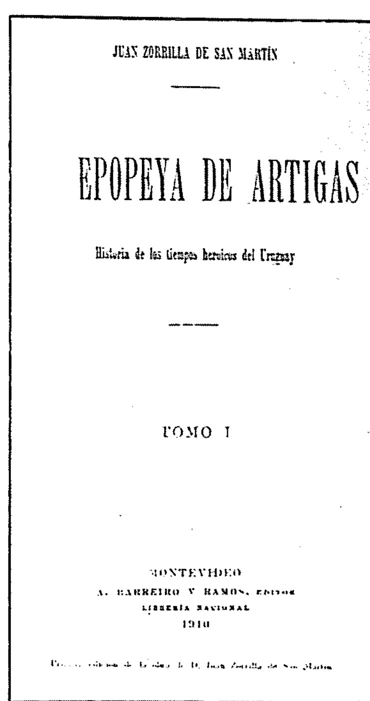
TOMO I

MONTEVIDEO

1909

"EL SIGLO ILUSTRADO", 18 de Julio, 23

GREGORIO V. MARIÑO, EDITOR.


JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

EPOPEYA DE ARTIGAS

Historia de los tiempos heroicos del Uruguay

TOMO I

MONTEVIDEO

A. BARREIRO Y RAMOS, EDITOR

LIBRERIA NACIONAL

1910

riesgo de falsear la realidad— la temprana vocación independentista del Uruguay, marcado por una especie de "predestinación" para la existencia autónoma. Bauzá llega a plantear la preexistencia de la nación en la Colonia, y aun antes, con el establecimiento de los charrúas en el territorio. Su obra es un modelo de coherencia, en el sentido de que toda ella está concebida al servicio de aquella idea dominante. Pero en el afán probatorio de sus tesis, hace afirmaciones que hoy son enteramente discutibles.

Si del tema colonial pasamos a los de la revolución y la independencia, encontramos en otros historiadores numerosas deformaciones por el estilo. Especialmente significativo es lo ocurrido en esta etapa con la valoración de Artigas. El propio Pivel Devoto ha señalado que nuestra élite culta había sido educada en una escuela contraria a la tradición de los caudillos; y que solamente cuando comprendieron que al sentimiento de nacionalidad había que darle un contenido histórico, se volvieron hacia la figura de Artigas —con la cual se reconciliaron definitivamente al descubrir la adhesión del caudillo al sistema democrático y representativo, que ciertos documentos demostraron.[4] O sea que el descubrimiento de Artigas como defensor de las instituciones lo volvió apto —del punto de vista político— para convertirse en el mito unificador de los orientales, que la clase alta necesitaba. Pero para ello fue preciso además soslayar buena parte del ideario artiguista: el federalismo, las concepciones igualitarias en materia social, y en especial su política con respecto a la propiedad de la tierra. De ahí que en este período se exaltara en Artigas únicamente el carácter de "fundador" de la nacionalidad (tan discutible) o en todo caso el de "precursor" de la misma. De igual modo se quiere hacer surgir la voluntad independentista de las declaraciones de la Asamblea de la Florida; relegando al olvido que esa Asamblea decidió además la incorporación a las Provincias Unidas.

Hasta tal punto llegó este afán por demostrar la necesidad de nuestra independencia, y por consolidarla exaltando un pasado heroico; que bien podemos concluir que en esta etapa el conocimiento en sí de la realidad histórica no era el objetivo que más interesaba al historiador.

Por otra parte la propia realidad pareció confirmar a nuestros antecesores la opción que habían realizado. La viabilidad de una República Oriental del Uruguay independiente de sus vecinas fue un hecho de 1880 a 1945 por lo menos. Por ende el tratar de consolidar esa situación no puede tacharse hoy de idea inconsistente o antojadiza, sino que fue muy realista en esas circunstancias, con todo un fundamento económico, social y político detrás. Si podemos decir que al filo del 80, todavía esa república independiente no era un hecho totalmente consolidado, llegaría a serlo poco más adelante, en el período batllista; y su viabilidad seguía siendo aun sostenible hasta mediados del siglo XX. La "Suiza de América" realmente existió por cierto tiempo.

En toda esa larga etapa, al no producirse ninguna discontinuidad brusca en la realidad que le servía de base, tampoco las hubo en la orientación de nuestra historiografía. Pero si los fundadores de la misma sabían cabalmente que los supuestos que intentaran demostrar habían sido inicialmente discutibles —que lo nacional no había estado siempre consolidado, por ejemplo— sus continuadores inmediatos no fueron a veces conscientes de ello. Simplemente, sobre esos supuestos tomados como puntos de partida indiscutidos, siguió elaborándose nuestra Historia. Veamos cuáles eran los rasgos que en ella dominaban al llegar al Centenario (1930).

En primer lugar —y dadas las premisas de que partía— resultó una Historia limitada al estrecho marco de las fronteras nacionales, sin noción de las magnitudes relativas que asumían los fenómenos internos con respecto a los que tenían lugar en el resto del mundo. Se trataba además de una Histo-

ria superestructural, que relegaba el estudio de problemas básicos. El desconocimiento de los fundamentos económicos y sociales de los acontecimientos que describía, proporcionaba una imagen convencional y en el fondo ficticia del pasado. Interesaban sobre todo los aspectos políticos y militares, y también los argumentos jurídicos y el estudio de las instituciones. Todo el enfoque revelaba la influencia de la escuela positivista. El historiador trabajaba más con ideas que con realidades, basándose exclusivamente en el análisis de determinados textos escritos, y reduciendo a un mínimo la elaboración del material. No se concebía una reconstrucción del pasado histórico en su totalidad; la realidad conocible era tan solo el contenido de cada documento en particular, o sea, aquello que determinados hombres habían pensado acerca de determinados hechos. Por eso la Historia no salía de lo fáctico, de la enumeración de datos, y se analizaban siempre acontecimientos aislados de corta duración.

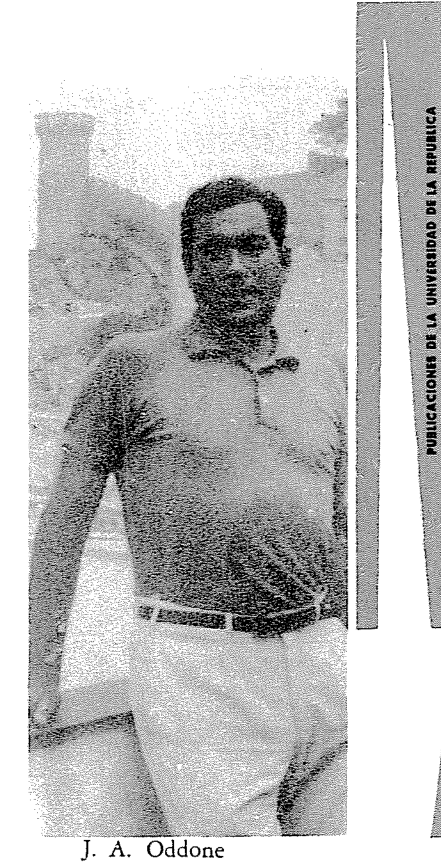
Un rasgo inseparable de los ya citados era la escasa elaboración conceptual e inquietud teórica, y el empleo de una metodología muy elemental, marcada por la obsesión de los "orígenes" y por la idolatría del "documento", concebido en forma muy limitada.

Otra característica de nuestra historiografía era una marcada pobreza temática. Una ausencia casi total de enfoques generales, la insistencia en el estudio de la etapa colonial y de la emancipación (centrada en la figura de Artigas); dieron lugar a la existencia de verdaderos "vacíos" en determinadas zonas de nuestra Historia. Además, las etapas posteriores a la Independencia, se encaraban en general con una óptica partidaria y pasional, posibilitada por el temprano origen de nuestros partidos políticos "tradicionales".

Agreguemos que el lento e insuficiente desarrollo de la crítica contribuyó a la perduración de estos enfoques, que siguieron vigentes entre nosotros por un buen tiempo. Cabe destacar asimismo que la mayoría de los rasgos mencionados no eran exclusivamente de nuestra historiografía, sino que se daban en toda América Latina.[5] Se trataba de los criterios vigentes en la historiografía francesa de comienzos de siglo, que había sido el modelo adoptado en estos países. Esta modalidad permitía además una perfecta adaptación a las exigencias del poder público y de las clases dominantes, con respecto a la función de la Historia, convirtiéndola en un instrumento de control ideológico.

A partir de 1940 aproximadamente, asistimos a un nuevo florecimiento de la corriente erudita tradicional, volcado hacia la docencia y la investigación documental. Se caracterizó —en cuanto a su orientación— por corregir varios excesos en que había incurrido la historiografía anterior (el carácter patriótico, celebratorio, o el partidismo, por ejemplo); no obstante lo cual continuó trabajando sobre los supuestos básicos que nutrían a aquella, e insistiendo en el estudio del período independentista, en sus aspectos jurídicos y políticos. Esto es explicable dada la vigencia de lo que se ha llamado "la postdata batllista", que prolongó una imagen optimista y satisfecha del Uruguay, facilitando así la ausencia de quiebres violentos en la historiografía, y permitiendo una perfecta inserción de la influencia de la Nueva Escuela Histórica Argentina, a través de la labor de Ravignani.

Por la misma época se destacó —como única excepción a las orientaciones dominantes en cuanto a los fines de la investigación histórica— la labor solitaria de Francisco Pintos; por más limitaciones que podamos señalar hoy a su obra en concreto. Pero es recién cuando comienzan a hacerse notorios los primeros síntomas de la crisis que hoy sacude al país, que surgen en forma más notoria concepciones de la Historia que marcan rupturas con respecto al esquema tradicional.

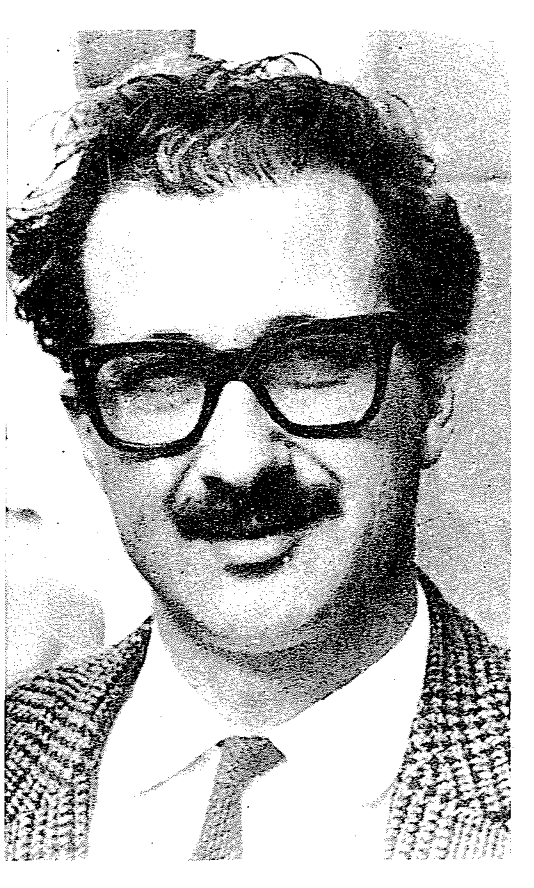


J. A. Oddone

Revisionismo y Nueva historia

A principios de la década del 50, comienzan a manifestarse las distintas modalidades de la corriente denominada "revisionista". A pesar de su heterogeneidad, podemos decir que su núcleo más activo se caracterizó por introducir en nuestro medio la preocupación por conocer directamente la realidad histórica en su totalidad. Fueron los iniciadores de una Historia más viva, más real e inteligible; tal vez por el hecho mismo de que no negaron la profunda conexión existente entre el pasado y sus preocupaciones como hombres del presente. Rompiendo con el enfoque vigente hasta entonces, pusieron en primer plano la necesidad de la elaboración por parte del historiador; así como la urgencia por conocer nuestro pasado en todas sus facetas, aun en aquellos aspectos u épocas para los cuales no existieran "documentos" del tipo clásico. Es obvio que así quedaban destruidas las bases de la "objetividad" tradicional del historiador. Otra característica de este grupo es su inserción en una corriente historiográfica de amplitud rioplatense y aun latinoamericana; y la atención prestada a determinados factores internacionales, como el imperialismo. Intentan especialmente valorar lo autóctono, y plantear los problemas con una óptica no europea; todo lo cual se refleja en su replanteo del problema de la "modernización".

Hoy podríamos objetar, sobre todo a algún sector de esta corriente, que su actitud vital no tuviese en muchos casos el debido respaldo en un efectivo y profundo análisis del material empírico. Por otro lado su "latinoamericanismo" ha





Roque Faraone

Barrán y Nahum

sido hasta ahora más que nada un postulado teórico, sin el consiguiente reflejo en su enfoque y su metodología para el estudio de nuestro pasado.

Recién a mediados de la década del 60 se manifiesta con claridad la tendencia que se ha denominado "Nueva Historia", en obras de Gustavo Beyhaut, Barrán y Nahum, J. A. Oddone, Luis C. Benvenuto, Roque Faraone, y —en la vertiente marxista— Julio C. Rodríguez, Lucía Sala de Touron y Nelson De la Torre. No parece casual el surgimiento de esta corriente en un momento en que la crisis que afecta al país se hacía visible en forma inocultable en todos los planos; ya que la caracteriza una preocupación profunda por la problemática concreta del presente, dando como resultado un enfoque que implica una reacción contra la Historia tradicional y académica. Desde nuestro punto de vista se consolidó entonces una auténtica renovación en la orientación de nuestra historiografía; pues el verdadero historiador resulta ser aquel siempre inquieto por los problemas de la época en que vive. Y en este grupo se manifiesta, con diversos grados y matices, una voluntad expresa de esclarecimiento del pasado con la finalidad de comprender mejor el presente, y contribuir a su transformación.

Este punto de partida implicaba una necesaria renovación también en cuanto a los temas y los métodos empleados para abordarlos. Se dio preferencia al estudio —tanto tiempo relegado— de los fenómenos económicos y sociales; buscando llegar a las bases, al sustento estructural de nuestro proceso histórico. Así tuvieron entrada en nuestra historiografía varios núcleos de problemas que afectan al Uruguay actual: la propiedad de la tierra, la productividad rural en relación con el proceso global de modernización que selló nuestra definitiva inserción en los engranajes del sistema capitalista internacional, y que están en la base de muchos problemas hoy candentes. Se supera además una deformación ya tradicional, abandonando la óptica exclusivamente montevideana, ciudadana, de nuestra Historia nacional. Y aparecen también los primeros intentos de analizar con una nueva óptica las etapas más cercanas al presente, incursionando ya en el siglo XX.

Otra característica de la Nueva Historia es su preocupación por el rigor metodológico; fruto de la correcta asimilación de las más aprovechables lecciones de la corriente erudita; y del conocimiento sobre los avances que —internacionalmente— se iban dando en la disciplina en este aspecto. Se basa en un atento y cuidadoso manejo de fuentes, explotando no sólo las ya tradicionales sino otras, como los relatos de viajeros, informes diplomáticos y consulares, material estadístico del siglo pasado, documentos comerciales, correspondencias y papelerías privadas, prensa periódica, etc.

Como señala Real de Azúa,[6] es típico de esta tendencia el equilibrio logrado entre fuentes y categorías conceptuales con que procesarlas e inteligirlas; que hasta ahora no se había dado en ese grado en nuestra historiografía. Ello a su vez explica la presencia tanto de planteos monográficos como de panoramas generales o esfuerzos de síntesis, que se dan entre estos historiadores. También ha señalado Real de Azúa la suscitación europea de la tendencia citada —por su vinculación con el movimiento que arranca de la regista "Annales" y de historiadores como Bloch, Braudel y Febvre— y sus conexiones actuales con núcleos de orientación similar en Europa y América Latina. Esto es indudable, pero pensamos que una simple influencia teórica del exterior, nunca hubiera dado frutos fecundos, de no haber existido una realidad local que estaba planteando urgentemente al historiador la necesidad de los instrumentos y los enfoques que pudieran hacerla inteligible.

Nuestros antepasados concibieron a la Historia coherentemente desde su presente bajo un ángulo político-jurídico, dado que atendían el reclamo de las fuerzas políticas, predominantes en la sociedad de aquella época. También fueron coherentes en el manejo de los presupuestos. Era evidente, por ejemplo, que desde el punto de vista político-jurídico el país terminaba en sus fronteras y como los hechos particulares que estudiaban eran de cortísima duración, no tenían, por consiguiente, mayor problema en presuponer que los hechos de corta duración que ocurrían en el país fueran particulares.

Su objetivo estaba por otra parte dirigido a exaltar (a crear) el sentimiento de nacionalidad o en los más modernos la conciencia de nacionalidad. Tarea que les exigía su presente, de ahí su coherencia, su arraigo, su vigencia.

No les interesó el conocimiento directo de la realidad. Ante todo estudiaron "objetivamente" los testimonios subjetivos que les informaban sobre la realidad. El interés estaba en el conocimiento de la imagen que reflejaba la realidad y que se identificaba a la misma. Es claro que ese mundo de imágenes era preciso, objetivo, finito, y con razón aspiraron a conocerlo objetivamente, a agotarlo.

Serán los modernos "revisionistas" quienes al rechazar los gargarismos jurídicos con que culminó aquella corriente, orienten la investigación histórica, ante los nuevos reclamos del presente, hacia un conocimiento más directo de la realidad.

El centro de interés del historiador comienza a desplazarse. Intentan apartarse de la seguridad y facilidad que significaba el conocimiento "objetivo" de las imágenes, de los testimonios de la realidad. Traen a primer plano, entonces, con el objeto de captar esa realidad relegada, las hipótesis, los problemas, la *imaginación* del autor...

Este grupo parece integrar parte de la "generación" coetánea a la que algunos críticos literarios llaman "del 45". Y en otra vertiente de la misma "generación" se dará la tendencia que se ha propuesto denominar "Nueva Historia".

Buena parte de los integrantes de esta última, como los de la anteriormente mencionada, se forman en la concepción historiográfica tradicional y aun producen en los últimos esplendores del Uruguay liberal moderno. No es extraño que sobrevivan todavía viejos presupuestos.

Oscar Mourat.

Difícil me resulta entender la investigación histórica sin un compromiso político por parte del investigador.

La imagen que en el siglo pasado intentó plasmar Taine de que el historiador debía estar frente al hecho histórico como si estuviese frente al "vitriolo o al azúcar" no funcionó ni funcionará jamás. El investigador antes que científico es hombre, y como tal asume consciente o inconscientemente las opciones que una sociedad ya estructurada le plantea cuando él viene al mundo.

La objetividad, como ente abstracto, no existe en historia. Lo que sí existe es la apatía o el miedo de algunos investigadores frente a lo que ellos sienten o creen como definiciones. Pero esta no sólo consiste en militar políticamente, lo cual también es una forma de acción. Existe cuando el historiador elige un tema de estudio, cuando utiliza determinada metodología, cuando juzga, calibra o simplemente valora los sucesos.

El acontecer es el que determina las actitudes a seguir. El mismo Taine estudió la revolución francesa angustiado por los hechos de la Comuna. Nunca como en los momentos de crisis se acentúa tanto la necesidad de conocer el pasado. Y esto no es porque sí.

El médico antes de emitir su diagnóstico y recetar la terapéutica adecuada necesita conocer el pasado clínico de su paciente. Con las sociedades sucede lo mismo. Acucia el deseo de rastrear el pasado para comprender el turbulento presente pero siempre con miras de construir un futuro.

Cuando se habita en un país subdesarrollado del Tercer Mundo este compromiso aumenta: es necesario reconstruir el pasado, labor mínima frente al deber imperioso de construir el mañana.

Para las clases populares este conocimiento es imprescindible como arma de lucha. El pasado es la historia de su opresión.

Las clases dominantes tienen por su parte la necesidad de crear una imagen rosa del pasado, sin luchas de clases y accionado por héroes sin ideas sociales. Si las poseen —el caso de Artigas— se los glorifica sin ellas para castrar la esencia de su pensamiento. Todo niño de escuela repite "sean los orientales tan ilustrados como valientes", Pero a muy pocos se les enseña "que los más infelices sean los más privilegiados".

Otras veces se las difunde mientras el efecto de sus alcances aún subsiste: es el caso de la pregonada concordia obrero-patronal del batllismo.

Las contradicciones de una sociedad se refleja en la visión que de la historia tiene cada una de las clases que la componen. Así se festeja el 25 de agosto como fecha de la "independencia nacional" y el 12 de octubre como día de la "hispanidad". La revolución artiguista no bastó para liquidar el colonialismo.

Mientras se elimina a Artigas de las nuevas monedas la imagen del dictador Santos —con la destitución de un Rector y un Consejo Universitario en su haber— es rescatada como símbolo de los oscuros sueños de un Ministro de Cultura.

Frente a este panorama ¿se puede hablar de la inexistencia del compromiso?

Raúl Jacob.

Investigo las compañías británicas en el Río de la Plata, tema que impone un estudio fuera de los criterios tradicionales, entre otras cosas, porque si bien las empresas estaban aquí, gran parte de su funcionamiento dependía de las condiciones de la plaza de Londres y esto nos lleva a buscar en la política inversora británica muchas explicaciones que, analizadas dentro de la región marcada por la frontera política son incomprensibles. Saltear la frontera política no significa agregar historia nacional argentina a la nuestra, sino establecer las regiones económicas y sus relaciones en el Río de la Plata. Un ejemplo: el comercio montevideano defendió durante el Siglo XIX y hasta 1914 el régimen de moneda convertible a oro. Si esto intentamos explicarlo de fronteras adentro, podemos recurrir —como se ha hecho— a la "mentalidad orista" del comercio, introduciendo una categoría metafísica para la solución del problema. Una aceptable hipótesis afirma que siendo el puerto de Montevideo el centro de abastecimiento y exportación de una región económica que incluye además del Uruguay, al Litoral argentino, Río Grande y Paraguay, el pago en oro es la base de la atracción y concentración comercial en Montevideo; mantener este sistema era esencial para el dominio indiscutible de la región citada. El concepto de "mentalidad orista", al buscar dentro de fronteras la explicación del pago en oro, desconoce el hecho indicado y da "retroactividad" a un mercado encerrado en los límites políticos del país cuya creación implica necesariamente el fin de la "época orista".

El Banco de Londres y cualquier otra empresa financiera y/o comercial con negocios en Buenos Aires y Montevideo —hecho frecuente— eran "oristas" en Montevideo y en esto respondían a la exigencia local de la plaza de pago en oro; en Buenos Aires las mismas casas eran "papelistas"; no se trataba por lo tanto de un asunto de mentalidad o carácter uruguayo sino la adecuación a las características del comercio en las respectivas plazas.

Carlos Panizza Pons.



Entiendo que uno de los cambios fundamentales de la investigación histórica en el Uruguay de los últimos años, está dado por la reacción de cierto sector historiográfico, frente a la historia "documental" y el intento —creo que frustrado— de este mismo sector, de inscribirse en una historiografía de síntesis, con audaces lucubraciones y conclusiones más audaces aún.

Aquí el error radica en no haber tenido la perspectiva exacta de las propias posibilidades. No puede llegarse a la etapa de conceptuación generalizadora, de fijación de los grandes esquemas de aprehensión histórica, cuando los hechos no están aún fijados, cuando se desconoce el ser mismo de los episodios y los procesos que forjaron el devenir histórico de la nación. En otros términos, hay que bucear mucho aún en lo que realmente fue, como para pretender explicar desde ya ese mismo pasado, cuando es verdad irrefutable que —en un alto porcentaje— se le desconoce en su auténtica realidad fáctica.

La labor a realizar tiene que ser la del obrero consciente de su tarea de fijar los cimientos. Ya llegarán los artífices que darán el toque trascendente de la arquitectura final. Mientras tanto, a estas generaciones les cabe la ardua pero no por ello ingrata tarea, de allegar el material de sustentación. Como tantos otros lo hicieron antes que nosotros.

Carlos A. Zubillaga Barrera.



Lucía Sala de Touron — Nelson De la Torre

El planteo de los jóvenes

Nos hemos extendido en la consideración de la "Nueva Historia" ya que —en mayor o menor grado— los jóvenes hemos tomado su labor como ejemplo y modelo. Y a pesar de las discrepancias o las variantes que pueda introducir la nueva promoción, de algún modo nos sentimos integrantes de una misma corriente. Por otra parte bajo el rótulo de Nueva Historia se engloban una sucesión de historiadores con cierta variedad en cuanto a su formación, su metodología, etc. Con muchos de ellos no existen casi diferencias, ni en las edades ni en los enfoques. E incluso en los casos en que podamos señalar algunas discrepancias, sabemos que no tienen un carácter necesariamente inmutable. Sería absurdo pretender "congelar" a una tendencia que está muy viva y en plena madurez, produciendo y transformándose a su vez, como para emitir sobre ella juicios definitivos.

Por otra parte, somos conscientes de que prácticamente todo lo que reivindican los jóvenes que hoy se están formando, ya ha sido señalado con mayor o menor énfasis por los historiadores del 45 en adelante. La diferencia radica únicamente en que los que fueron hasta ahora postulados teóricos avanzados, surgen hoy como imposiciones de la propia realidad.

La preocupación por el presente es ya de una urgencia ineludible y anterior a todo planteo de tipo intelectual; cuando hay jóvenes que están pagando con sus vidas su aspiración por construir un orden social más justo. Ha llegado el momento —tantas veces anunciado— en que el Uruguay se ve sacudido por los mismos problemas que los restantes países de América Latina, y sale a la fuerza de su aislamiento. Se ha señalado que en esta etapa hay un resurgimiento de las investigaciones históricas a escala continental, y el mismo coincide con el planteo de una formidable lucha por la descolonización.[7] Así en el nuestro, como en otros países, la nueva



orientación del análisis histórico no obedece a motivaciones exclusivamente teóricas y racionales; sino a una toma de conciencia por parte de los jóvenes del estado en que viven nuestros pueblos, y de quiénes son los responsables de esa situación. Miseria creciente, subdesarrollo, regímenes de fuerza más o menos descarados para consolidar la dependencia externa, y la injusta estructura de clases en lo interno, son denominadores comunes en América Latina. Al tomar conciencia de esta realidad, porque ella ya rompe los ojos, surge la decisión inequívoca de modificar la situación existente.

Y en este punto aparece un rasgo característico de los jóvenes como historiadores: si bien hay un deseo de incidir sobre la realidad, y se tiene conciencia de que todo análisis histórico parte de una perspectiva ideológica forjada en el presente, se pone un especial cuidado en no deformar los hechos según nuestra voluntad. Hay una marcada preocupación por conocer directamente la realidad; para nosotros el objetivo primordial de la Historia es el conocimiento, es hacer inteligible nuestro pasado, y no forzarlo para lograr la demostración de alguna tesis que a priori consideremos positiva. En el fondo pensamos que "la verdad es siempre revolucionaria"; y de allí surge un creciente imperativo de rigor y objetividad en el manejo de nuestro material.

Si aspiramos a romper las cadenas de una dependencia que es económica y es cultural, y de una injustcia social largamente soportada, debemos conocer a fondo el proceso que llevó a esta situación. El correcto conocimiento de nuestra historia, posibilitará la elaboración de una estrategia política más ajustada para el futuro. Y este es el rol ineludible de la Historia en todos los procesos de liberación contemporáneos.

De ahí que en la actualidad todo nos lleve a ampliar el horizonte de nuestras investigaciones históricas. Ya no tendría sentido analizar aisladamente el caso uruguayo, cuando sabemos que hubo un proceso común sufrido por todos los países coloniales, que nos permite generalizar ciertas características propias de la situación de dependencia de la periferia. Por otro lado la acción política concreta en cada país, exige el conocimiento prolijo de cada situación particular.

Por eso a nosotros nos toca esclarecer cómo se dio aquí la expansión colonial, qué papel jugó Gran Bretaña, y a partir de qué momento predominaron los EE. UU., que nos someten hoy. Calibrando las influencias directas de esas potencias y las que se dieron a través de los países vecinos, debemos establecer las variaciones concomitantes de nuestro proceso interno: la evolución de nuestras clases dominantes, sus contradicciones internas, y el rol que jugaron en cada etapa; los procesos de penetración ideológica y cultural y las particulares formas de injusticia y explotación que ha conocido nuestra sociedad; así como las resistencias populares, sus alcances, sus formas de expresión, sus resultados, y sobre todo aquellas manifestaciones que pudieran contener las formas embrionarias de una nueva sociedad.

Los que nos interesan, pues, ya no son sólo hechos particulares, de corta duración. Son fenómenos de orden estructural, son comportamientos masivos, o bien procesos que no se desarrollan en su totalidad dentro de nuestras fronteras. Para estudiarlos no tenemos antecedentes, por el hecho mismo de que nuestros objetivos difieren de los que se había planteado la historiografía tradicional. Hoy sentimos vivamente la necesidad de hacer conscientes y someter a crítica, todos los supuestos en que se basaba aquella historiografía. De lo ya elaborado, no podemos dar nada por sentado a priori; ya que sus autores estaban consustanciados con todo un orden de cosas, y nosotros aspiramos a construir otro. A pesar de todo el impulso renovador más reciente entre nuestros historiadores, creemos que aun no se ha llevado a fondo esa revisión, y se sigue haciendo Historia sobre la base de supuestos que no son ideológicamente neutros. Aunque no podemos pretender ya una visión totalmente clara en este terreno, creemos percibir algunos aspectos del mismo a tener en cuenta por los investigadores. (Reconocemos que para este planteamiento de determinados problemas teóricos contamos con algunas ventajas de que carecieron nuestros antecesores, derivadas de una formación más sistemática —por más limitaciones que podamos señalar a nuestros actuales planes de estudios).

Tal vez el más notorio de los supuestos heredados de la Historia Nacional tradicional, sea el operar sobre la base indiscutida de la viabilidad de un Uruguay totalmente independiente; lo cual lleva a explicar todo acontecer primordialmente por causas internas. Se comprende lo mutilado de una explicación en la cual la incidencia de factores internacionales apenas se analiza, lo mismo que los nexos con los países vecinos. Y sobre todo, se estudia cada fenómeno acaecido en nuestro país como si fuese absolutamente original e inédito; sin reparar en las ventajas de la Historia comparada, tan útil para la comprensión de una serie de procesos que no se inventaron aquí, sino que son comunes a toda América Latina, por lo menos. Hoy una auténtica Historia Nacional no puede reducirse a nuestras fronteras, no sólo porque así nunca lograríamos comprender una serie de fenómenos; sino además porque jamás sabremos qué es lo verdaderamente nuestro, lo original, lo que nos caracteriza, si no hacemos Historia comparada.

Es preciso señalar que la alarma de ciertos historiadores ante estos planteos —su encendida defensa de una "nacionalidad" que creen así amenazada, su negación a priori de la noción de "patria grande" representan en realidad una velada defensa del statu quo. La exigencia de restringir nuestra visión al marco de nuestras fronteras, si hemos de ser patriotas, encubre —hoy sí— una mistificación; cuando es obvio que nuestro país vive en la actualidad enteramente dependiente de factores internacionales. ¿Acaso se pretende así esconder la realidad de la entrega descarada de nuestros recursos a inte-

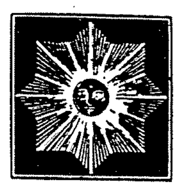
reses extranjeros, o la necesidad de una auténtica integración económica regional? En el fondo, hay en estos historiadores un tremendo temor al cambio; y por el hecho mismo de estar tan consustanciados con el orden actual, identifican el fin del mismo con la muerte o la desaparición —sin más— de nuestra sociedad. Esta visión pesimista les lleva a encerrarse en posiciones reaccionarias, y a sostener aun la vigencia de un nacionalismo vacío. Por el contrario, quien vislumbra ya en la crisis actual el nacimiento de un nuevo orden no puede ser sino optimista ante la perspectiva de futuras transformaciones. También propician la inmovilidad aquellos que siguen refugiándose hoy día en el estudio de los "orígenes"; cuando a las nuevas corrientes les interesa más que nada analizar los procesos de cambio, que están a la orden del día en nuestro presente.

También debemos revisar a fondo el método, ya que necesariamente debe de estar imbuido del enfoque anterior, y de sus presupuestos. No tiene sentido pensar que una metodología determinada pueda ser neutra o de validez universal. Siempre está al servicio de determinada concepción de la Historia, dentro de la cual funciona con eficacia. Si cambiamos el enfoque y seguimos con los antiguos métodos, nuestra visión será solo parcialmente renovadora. De ahí la necesidad de innovar también en este campo, recurriendo a las técnicas más variadas para descubrir o inventar aquellas pautas metodológicas que más se adapten a nuestras actuales necesidades.

Como el objeto de nuestro conocimiento es más complejo que el que se proponían nuestros antecesores, debemos manejarnos forzosamente con mucho menos seguridad que ellos. Por eso nuestro punto de partida es el trabajo en base a hipótesis, y a la construcción de modelos. Ello está determinado por la necesidad de aprehender una realidad vasta y multifacética, que no es inteligible directamente, sino por sucesivas aproximaciones. Hoy tenemos conciencia del carácter provisorio de muchos de nuestros actuales conocimientos: ya que nuevos enfoques pueden hacerlo variar en cualquier momento, constituyendo nuevas etapas de acercamiento a la verdad. Por eso nunca podríamos asegurar que hemos aprehendido la "realidad" histórica en sí misma, en el sentido de agotar el conocimiento posible sobre un tema determinado. Es éste un punto que creemos no está claro entre los historiadores más recientes. Para conocer la realidad recurren a descripciones subjetivas de la misma, o a estadísticas igualmente subjetivas, que deben elaborar pero pretenden seguir manejándose ante un objeto mucho más complejo con la misma seguridad que el historiador positivista en sus afirmaciones. El carácter hipotético del conocimiento no empapa, como debiera, muchos de los planteos que se formulan.

Desde otro ángulo, no se concibe ya que un investigador comience su tarea sin alguna hipótesis previa que le sirva de hilo conductor de sus búsquedas; ya que la investigación empírica, si no está guiada por una elaboración conceptual, es ciega. El conocimiento surge únicamente de la continua interrelación entre teoría y dato empírico. De ahí la necesidad de confrontar permanentemente hipótesis y modelos con los datos de la realidad. Se comprende que en todo este proceso es fundamental la tarea de elaboración que debe llevar a cabo el historiador; lo cual señala otra diferencia con la metodología tradicional.

Además el procedimiento mencionado implica que las investigaciones se desarrollen ahora en torno al planteo de problemas determinados, sin prefijarles límites de tiempo o de lugar. Las sucesivas interrogantes planteadas y a develar son las que van determinando el curso de la indagación. De ahí la importancia de plantearse correctamente los problemas, y de formular al material histórico interrogantes que sean significativas; lo cual subraya nuevamente el importante rol que juega la capacidad del investigador. En nuestro medio tenemos ya algunos ejemplos de esta forma de proceder.



Otras exigencias metodológicas se derivan de nuestra aspiración de alcanzar la mayor objetividad posible. Creemos que ello muchas veces no resulta de la eliminación de los juicios de valor, sino justamente de su formulación en forma explícita. Debemos hacer plenamente conscientes los supuestos de que partimos. A veces por no hacer la crítica de ciertos puntos de partida, considerados obvios, se ha caído, por ejemplo, en el empleo de escalas de valores que son heredadas de otros historiadores, y propias de los intereses de la clase social a que estos pertenecían.

La metodología a emplear debe posibilitar también la incorporación de los resultados alcanzados al cuerpo de conocimientos que constituyen el patrimonio común de la disciplina; dando las pautas para que lo investigado pueda ser verificado y continuado por otros historiadores, y planteando puntos de vista y problemas nuevos que abran ulteriores vías al conocimiento.

Observamos además que en la actualidad la propia temática suele imponer al investigador la adopción de métodos determinados. Así el planteo de problemas económico-sociales, o el análisis de situaciones muy ligadas al presente, dan lugar a enriquecimientos continuos en este campo: es necesario el aporte de la estadística y de las matemáticas, y la creación de todo un instrumental para el manejo de una documentación masiva, referida a temas muy disímiles. Es fundamental para la investigación histórica, no sólo el aporte de las ciencias auxiliares tradicionales, sino además el contacto fecundante con otras disciplinas como la Economía, Sociología, Psicología, Antropología, Lingüística, Geografía, etc. Cada vez más concebimos estos contactos bajo la forma de un trabajo en equipo, interdisciplinario. La investigación centrada en torno a problemas, facilitaría por otra parte esta labor, cuya necesidad se siente más agudamente cada día. Pues nuestra conclusión última es que no creemos ya en la existencia de barreras o límites fijos que separen las distintas ciencias humanas.

NOTAS

[1] Los planteos expuestos en este trabajo son el fruto del intercambio de ideas realizado con un grupo de compañeros (recientes egresados o alumnos de la Facultad de Humanidades y del Instituto de Profesores "Artigas") en especial Oscar Mourat y Raúl Jacob. Para ubicar al grupo ante el lector, a pesar de su relativa heterogeneidad en cuanto a edades y grados de madurez, debemos decir que reconoce como antecesores inmediatos a Barrán y Nahum.

[2] ODDONE, Juan A. — "La historiografía uruguaya en el siglo XIX", en Revista Histórica de la Universidad, 2ª época, Nº 1. Montevideo, 1959.

[3] Me refiero a las indagaciones de Oscar Mourat sobre "La crisis del viejo Uruguay" en el lapso 1880-1914.

[4] PIVEL DEVOTO, J. E. — "De la leyenda negra al culto artiguista", Semanario "Marcha", Montevideo, diciembre 8 de 1950.

[5] Véase por ejemplo: CARRERAS DAMAS, Germán. "Características de la historiografía venezolana", Fac. de Humanidades y Ciencias, Historia de la Cultura, Estudios Monográficos Nº 4. Montevideo, 1963.

[6] REAL DE AZUA, Carlos. — "El Uruguay como reflexión (II)", Montevideo, 1969, Capítulo Oriental Nº 37.

[7] CARDENAS, Gonzalo H. — "Las luchas nacionales contra la dependencia, Historia Social Argentina", Tomo I, Buenos Aires, 1969, Ed. Galerna.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

El próximo martes aparece

Enciclopedia No. 58

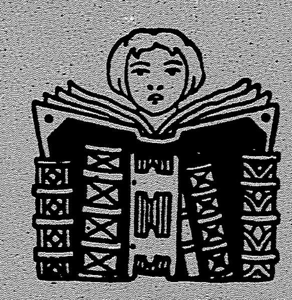
El gran Montevideo

La intensa urbanización - debería decirse la montevideanización - del Uruguay, ha producido una ciudad sin proporción con el resto del país. Enferma de desmesura, sus órganos ya son impotentes para atender su funcionamiento y dirigir su desarrollo. En este trabajo Daniel Vidart analiza el proceso de crecimiento de nuestra capital, así como los nuevos problemas físicos y humanos que propone a sus habitantes y al país todo.

Cuaderno No. 58

Cuentos de la ciudad

La literatura urbana tiene en Carlos Martínez Moreno el aguzado intérprete que detectó el nuevo rostro de la sociedad montevideana y, con aparato intelectual riguroso, puso en evidencia las motivaciones secretas, los impulsos y cobardías de un período de nuestra historia.



Ya están en venta las tapas de los tomos 1, 2, 3 y 4 para que Ud. mismo encuaderne su colección de Enciclopedia Uruguaya. Solicítelas a su proveedor habitual.

1 enciclopedia + 1 cuaderno

$ 120.—



Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis C. Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del papel). Diciembre de 1969.